

DISCURSO DE CONTESTACION

Por IGNACIO MARÍA DE LOJENDIO E IRURE

Para quienes han hecho de la enseñanza norte y eje de sus vidas pocas satisfacciones hay más apetecibles que la de acoger, a la vuelta de los años, a aquellos que en sus aulas recibieron la primera sacudida de su personalidad y retornan triunfadores en la pelea del tiempo. Este es el sentimiento que la deferencia de nuestra Corporación me permite albergar ahora, al dar la bienvenida al nuevo académico. Le acompañan la aureola de la fama bien ganada, el vigor de su palabra rica y punzante, y la belleza de su poesía. Sólo el arte puede alcanzar cumbres tan señeras en esta hora del mundo que a la par se disputan la ansiedad y la desolación.

En Aquilino Duque, poeta, escritor, se da una correspondencia cabal entre ser y parecer. Su perfil externo es el trasunto fiel del perfil espiritual de su persona; no cabe conformidad más cumplida que la de los rasgos de su rostro físico con los caracteres de su rostro moral. Para hacer la síntesis de su semblanza humana no encuentro mejor expresión que las palabras del gran impresionista alemán que, absorto en la contemplación de la naturaleza, exclamó: «Sólo las apariencias no engañan». La boca apretada y tensa, los ojos a medio entornar tras los cristales que celan el filo de su mirada, apenas un rictus sutil, mezcla de ironía socrática y sorna andaluza, vuelve Aquilino Duque, como en los tiempos de la cátedra de Arias Montano en el caserón de Laraña, la frente enhiesta, el paso firme, limpio y transparente el aire que el fango de los caminos no ha podido viciar, y con aquella discreta des-

envoltura con que el ginebrino autor de «La nueva Heloísa» entonaría la canzonetta «Vengo di Cosmópolis».

Como nos muestra el magnífico discurso que acabamos de escuchar, vuelve a rendir un homenaje nostálgico —y crítico— a su madre Andalucía, grávida de siglos. Por esa ruta de tres milenios que ha diseñado ante nosotros desfila el complejo destino de un pueblo a través de sus momentos de plenitud y postración, de su cultura «cristalina», una cultura que «no es cosa de masas, sino cosa de hombres», y al detener por un instante su marcha histórica en este hoy tan incierto, Aquilino Duque, con gesto a un tiempo de alarma y esperanza, dirige su mirada hacia las fuentes que «pueden devolver a Andalucía su amenazada identidad».

Este «poeta de los periplos universales» —así lo definió un también antiguo alumno de nuestras aulas que, como él, honra a esta Academia— vuelve a recorrer los viejos momentos íntimos en los que vivió el arrebató de la temprana juventud —«éramos poetas porque éramos jóvenes y felices»—, en los que escuchó la llamada de sus mayores inmediatos, los grandes de la generación del 27, y siguió la pauta de la poesía andaluza que nos describe «ligera y luminosa, llena de imágenes y transida de fantasía». Donosamente recuerda aquélla su primera experiencia poética: «Si Cernuda reinaba en Córdoba, en Sevilla y Cádiz, claro está, mandaban Juan Ramón Jiménez y Rafael Alberti, un Juan Ramón en el que cifrábamos nuestro afán de universalidad y un Alberti en el que nos reconocíamos los burguesitos andaluces».

Observador agudo del entorno humano en el que estrenó su inspiración, no tardó en tomar con valentía la decisión de liberarse «por un lado de la facilonería provinciana y por otro, del gregarismo nacional». Pone proa a Europa, al mundo, e inicia, sin tacha y sin miedo, los que llamará sus «cursos de aspirante a la universalidad».

Al cabo de los años, de marchas y retornos en los que aún no ha dado cima a su tarea, vuelve hoy Aquilino Duque con las manos llenas de obra consagrada: la narrativa fascinante de «Los consulados del Más Allá», «La rueda de fuego», «La linterna mágica», «El mono azul», «La historia de Sally Gray»...

y sobre este friso recio y ambicioso, la voz con alas de sus versos: «La calle de la Luna», «El campo de la Verdad», «De palabra en palabra», «El invisible anillo»..., sus «Cuatro libros cardinales» o si, se quiere, los cuadrantes en que se abre la rosa de los vientos de su infinito horizonte poético.

No seré yo quien ceda a la osadía de describir y menos aún de enjuiciar este retablo palpitante de vida que es el universo creador de Aquilino Duque. Con autoridad que excede de la mía, otros han dado en justicia su veredicto y le han rendido su admiración. Voy a limitarme a una glosa breve del hombre y de sus frutos, un esbozo elemental que trataré de hilvanar con sus propias palabras.

En su obra de ficción, ese tapiz abigarrado de mil figuras, momentos y colores, sorprende la riqueza de la trama, la fuerza de expresión con que denuncia el envilecimiento de las ideas y la degradación humana de los modernos transformadores del mundo, «en este proceso —dice— de auto-destrucción que llamamos progreso». Flagela sin piedad, con la vara fina de la ironía, a los «portatirsos libertarios», a los culpables de la «devastación de la naturaleza» que «conlleva una devastación del espíritu», a los traficantes de almas y cuerpos que en nombre de la libertad esclavizan al hombre.

Decía André Gide que «el escritor debe saber nadar contra la corriente». Esa es la corriente contra la que lucha Aquilino Duque. Lo hace con el arma de la palabra que desmascara la farsa, con los recursos de su lenguaje que, tanto en la viveza de las imágenes como en la agilidad a veces trepidante de la acción, sirve a la verdad crudamente, sin esconderse entre los velos del falso pudor, a través de los sórdidos escenarios de la vida cosmopolita que él bien conoce y en los que mueve con rara habilidad los hilos de la intriga.

Para luchar con los que de la libertad hacen un tirano o un verdugo, Aquilino Duque se revuelve, se rebela blandiendo como arma su propia libertad. Sabe que la mayor parte de las veces el ejercicio de la libertad es áspero y amargo, y que la libertad que no libera es cruel caricatura de libertad. Se rebela y dice no. Es su revuelta personal que

vibra contra la agitación masiva de los revolucionarios de hoy que matan y destruyen al dictado intelectual de los fríos adoctrinadores y manipuladores de turno. Con razón dice Octavio Paz que «la revolución es la revuelta, convertida en teoría y sistema».

Otras veces, en cambio, nuestro poeta, en los relatos breves, moja la pluma de ave en la recreación de sus personajes insólitos, de puro mínimos y simples, grotescos unos, tiernos y temblorosos otros, vacilantes, como perdidos en la bruma. Sobre ellos deja caer las gotas tibias de la sonrisa y la emoción.

«Poéticamente habita el hombre». En medio del tráfago del mundo, Aquilino Duque revive esta profunda experiencia de Hölderlin y se libera en la poesía. Abre despacio la puerta escondida entre el follaje y penetra en el recinto interior para conversar a solas consigo mismo y perderse por las avenidas del reino que no tiene fronteras. Allá es donde ser y saber se encuentran y confunden, donde milagrosamente pasamos desde el silencio denso e impenetrable a percibir poco a poco la voz de las cosas. Las cosas tienen voz. Nos llaman, y no las oímos. La verdad del ser es luz que la misma espesura en que nosotros la envolvemos nos impide ver. El verdadero poeta es el que capta las voces arcanas, el que vislumbra esas lucecitas que parpadean en la oscuridad cerrada de la noche. Como chispa de luz, como eco lejano de verdad sintió el hombre la poesía en la hora del parto de las viejas culturas, las culturas madres. Desde entonces, la *poiesis* es modo sutil de conocimiento que permite al hombre hacer suya, rehacer en sí mismo, en una misteriosa revelación, la verdad.

Después de sus versos tempranos, «jóvenes y felices», versos de primavera y cascabel, Aquilino Duque se lanza a recorrer nuevas etapas de su senda poética. Le impulsa el vigor de su pensamiento al que parece dar alas una sensibilidad lozana y fértil, paso a paso más exquisita en sus matices: es «el esmeril de la neblina» que empaña las riberas de la ría vizcaína..., son los «cielos rasgados, surcos fu-

gitivos» cuando «salta la mañana» en el amanecer del Aljarafe.

Poco a poco, al dictado de la vida, asciende, monte arriba, las alturas del camino. Llega el día de su primera mirada atrás, en la que ahonda el diálogo con su soledad, esa poblada soledad del poeta genuino de quien, como del genio, puede decirse que nunca está menos solo que cuando está solo.

*«Me subo a la montaña del presente
para ver la llanura interminable
de los sueños extintos...»*

Aprende que la vida es partir siempre, una vez y otra, y siempre volver. Volver —dice— «a la extraña patria...»:

*«Allí tengo mi casa, allí mi cielo,
allí donde la vida es esperanza
y es ausencia crecida hacia el regreso...
donde el jazmín se espesa en la alta noche,
donde se vuelve siempre.»*

Su inspiración madura en la noble academia del sentimiento:

«Dicen que eres poeta... porque has amado.»

Se hace más honda, más penetrante en la gran inquietud que no cesa:

*«Qué tienes tú que no tienes sosiego
y das la paz...»*

Intuye, en fin, la hora del relente, cuando la tarde va de recogida, camino del misterio. La presiente en la contemplación de la ciudad eterna, en el soneto bellísimo que cierra su «Tríptico romano». La voz se hace delgada y tenue, suplicante:

«Dame la mano, amor, que tengo frío.»

... ..

Con la carga de su libertad y su verdad auestas, dos palos de una misma cruz, peregrina Aquilino Duque por este pícaro mundo. Dios hinche de fe sus velas y, con la verdad, le dé su vida, su lucha y su paz. El sabe que en lo más recogido de nuestro ser vida y muerte, lucha y paz son algo in-compartible, de un solo y sólo de uno. Joven todavía, este poeta que se asoma al balcón de su madurez y al que hoy acogemos en la vieja y remozada casa, ha empezado a rendir cuentas que anuncian un balance algo más que provisional:

*«El pan, los ojos, la verdad, los besos,
la certidumbre de llegar un día
a verle a Dios la cara. Junto a eso
¿qué vale todo lo demás?»*